

VOLVER AL ORIGEN: CASICIACO

Volver a Casiciaco es un desafío para todos los que estamos en la órbita de Agustín de Hipona. Porque Casiciaco no sólo es el origen de su producción literaria y, por tanto, como el mismo Agustín recomienda, lo primero que debemos leer: “Porque quien lea mis opúsculos por el orden en que los escribí, encontrará tal vez cómo he ido progresando al escribirlos” (Retractaciones. Prólogo 3), es también donde se encuentran las primeras intuiciones de su doctrina, sus ideas más originarias. Evidentemente están como quintaesencia y piden ser desarrolladas y maduras. Allí encontramos el origen de la filosofía, del proyecto de vida consagrada, del dinamismo comunitario, de la doctrina espiritual. Volver a Casiciaco, por tanto, es volver al origen de nuestra vida agustiniana.

A Casiciaco podemos aplicarle la categoría de origen de nuestra aventura, origen del proyecto agustiniano. Todo ha nacido aquí, en Casiciaco “nace” Agustín treinta y dos años después de nacer. Aquí nace su filosofía, nace una nueva pedagogía, nace la comunidad, nace el proyecto de vida consagrada, nace su espiritualidad. Volver a Casiciaco es encontrar frescura y novedad. Casiciaco es un lugar, pero para nosotros es sobre todo un ambiente en donde podemos situar el despertar de Agustín y de su doctrina. Volver a Casiciaco es para nosotros un verdadero reto.

1.- Origen de la filosofía.

Hasta ahora Agustín ha vivido a impulsos, ahora, sereno, puede tematizar su vida y articular su obra literaria. Desde el punto de vista intelectual en Casiciaco comienza el despertar filosófico de Agustín. En el Contra Académicos Agustín dice haberse refugiado en el seno de la filosofía: “Ella es la que ahora, en el descanso tan deseado, me alimenta y conforta; ella me ha libertado enteramente de aquella superstición, en la que yo te precipité conmigo. Porque ella enseña, y con razón, que no se debe dar culto ni estimación a lo que se ve con los ojos mortales, a todo lo que es objeto de la percepción sensible. Ella promete mostrar con claridad al verdaderísimo y ocultísimo Dios, y ya casi me lo está mostrando al través de espléndidas nubes” (Contra Académicos 1, 1, 3), e invita a Romaniano y a todo el que le escuche a dedicarse con él a la filosofía, porque piensa que esta es la puerta de entrada en la felicidad: “Mas todavía me detenían, confieso, la atracción de la mujer y la ambición de los honores para que no me diera inmediatamente al estudio de la filosofía. Cuando se cumpliesen mis aspiraciones, entonces, finalmente, como lo habían logrado varones felicísimos, podría a velas desplegadas lanzarme en su seno y reposar allí”. (La vida feliz 1, 4). En otro lugar insiste en refugiarse en la filosofía, pero considera que eso es una gracia y hay que pedirla: “Por lo cual, contra aquellas olas y tempestades de la fortuna se debe resistir con todos los remos de las virtudes, y, sobre todo, debe implorarse el socorro divino con toda devoción y piedad, a fin de que nuestra firmísima intención de consagrarnos al estudio de la sabiduría siga su curso sin que nadie la malogre ni impida llegar al segurísimo y dulcísimo puerto de la filosofía. He aquí tu primer negocio: de aquí mi temor por ti, de aquí mi deseo de liberarte, y para esto, todos los días (si soy

digno ahora de ser escuchado) no ceso de pedir por ti un viento próspero. A la misma omnipotencia y suma sabiduría de Dios se elevan mis preces. ¿Pues no es así como nos presentan al Hijo de Dios los misterios de nuestra fe?” (Contra Académicos 2, 1, 1; Cf. Vida feliz 1, 1, 4).

Comenzar por Casiciaco es fundamental. Jolivet nos explica el por qué, cuando dice: “Conviene volver sobre los primeros escritos de San Agustín para captar sus ideas esenciales. En ellos se contiene lo que podría llamarse la filosofía de San Agustín, esto es, su concepción racional del mundo. No es que él admita y de un valor definitivo y completo a una sistematización del saber que prescindiera de la revelación y del fin último del hombre, o sea, la visión intuitiva de Dios. Si ningún pensador cristiano puede aceptar esta concepción de una filosofía radicalmente autónoma, hermetizada en sí misma y considerada como absolutamente suficiente, San Agustín menos que nadie acogería tal modo de pensar. Para él, en el fondo, no hay más que una filosofía legítima, esto es, la que combina las nociones que la razón puede descubrir por sí misma y sus fuerzas con las luces directrices de la revelación, como tampoco hay una sabiduría real más que la que se orienta a la posesión de Dios y la visión beatífica”¹. En el libro *Del orden*, según Russell, se “contienen los elementos de toda la filosofía agustiniana”². Es verdad que estos elementos, estas ideas esenciales están todavía despuntando y han de ir desarrollándose y madurando poco a poco y en Agustín lo encontramos realizado en sus grandes obras, pero en Casiciaco está ya la mejor síntesis de su pensar. Y es que a lo que parece Agustín ha tenido las intuiciones radicales de su filosofía desde el principio, aunque no se puede negar que a lo largo de su vida ha habido un constante proceso de elaboración y de mejora, de profundización y de clarificación: “Los opúsculos de Casiciaco pueden considerarse muy bien como un feliz preámbulo a toda la obra filosófico-teológica agustiniana. Sin olvidar que su conversión no fue una conversión repentina a la teología sistemática, sino más bien a la fe en Cristo y a la pureza moral”³

Agustín ha sabido trabajar con fuentes concretas, alimentarse y hacer suya la cultura de su tiempo y transformarla para alzarse por encima y ser hombre actual, contemporáneo nuestro: “San Agustín es contemporáneo de cada hombre que vive en serio el drama de su pensamiento, que se siente como lanzado en un mundo que por todas las partes proclama su insuficiencia. Es nuestro contemporáneo porque hace del mundo existencial humano el punto fundamental de su investigación filosófica”⁴.

En Casiciaco intuimos que el acercamiento al hombre Agustín, hijo de su cultura y hombre de su tiempo es clave de interpretación de su filosofía. Muchas de sus páginas

¹ Jolivet, R., *S. Agustín et le néoplatonisme chrétien*, Paris 1932, p. 159.

² Russell, R., *Divine providence and the problema of evil. A translation of St. Augustine's De ordine with annotations*, New York 1942, p. III.

³ Camino, A., *La comunidad de Casiciaco como grupo informal*, Tesina de Licencia presentada en el Instituto Superior de Ciencias Catequéticas “San Pío X” en 1977, p. 21. Están publicados los capítulos segundo y tercero en la *Revista Agustiniana*.

⁴ Bogliolo, L., *Significato e attualità dell'interiorità agostiniana*, en *S. Agostino e le grandi correnti della filosofia contemporanea. Atti del Congresso italiano di filosofia agostiniana*. Roma 20-23 ottobre 1954, pp. 319-326, p. 319.

son vida hecha pensamiento, experiencia que se transforma en la reflexión, en principios rectores de su vida. Agustín es un hombre apasionado por la verdad, por la verdad absoluta, donde adquieren sentido todas las otras verdades. La verdad fue el latido de su corazón, el imán que le atraía, el aguijón que le movía. Allí, en Casiciaco, aprendemos que ser discípulo y seguidor de Agustín lleva consigo conocer a Agustín, acercarse a su persona, penetrar en su pensamiento, asimilar y continuar su propia reflexión para hacer que sea fecunda también hoy. De la mano de Agustín hemos de aprender a vivir en dimensión creativa e inquieta, no descansando en las conquistas sino preparando el futuro en la construcción del presente, es decir, ser de nuestro tiempo y vivir para nuestro tiempo, pero hacerlo hoy y para hoy, encarnando su estilo de pensar y de ver la vida, apasionados por la verdad y el bien.

Es imposible entender la obra de Agustín sin entender a Agustín, su filosofía es un estilo de vida, una teoría de la vida, de su vida, es una filosofía autobiográfica. A los diálogos de Casiciaco ha llevado dudas y vacilaciones, todo lo que allí se dice lleva la impronta de la experiencia. La mayor parte del tiempo está dedicado a los grandes problemas metafísicos. Su mentalidad está impregnada todavía de filosofía y retórica. En Casiciaco, a su filosofía le es fundamental la vida cultural, la vida moral y la vida sobrenatural, es decir, es una filosofía que no deja fuera ningún aspecto de la vida real en que se mueve, una filosofía que se identifica con su vida y con el ideal que pretende hacer realidad. A esta filosofía es a la que se adhiere Agustín en Casiciaco, y esta es la pasión que quiere inculcar en sus alumnos: “Un doble camino, pues, se puede seguir para evitar la obscuridad que nos circuye: la razón o la autoridad. La filosofía promete la razón, pero salva a poquísimos, obligándolos, no a despreciar aquellos (misterios, sino a penetrarlos con su inteligencia, según es posible en esta vida. Ni persigue otro fin la verdadera y auténtica filosofía sino enseñar el principio sin principio de todas las cosas, y la grandeza de la sabiduría que en El resplandece, y los bienes que sin detrimento suyo se han derivado para nuestra salvación de allí. A este Dios único, omnipotente, tres veces poderoso, Padre, Hijo, y Espíritu Santo, nos lo dan a conocer los sagrados misterios, cuya fe sincera e inquebrantable salva a los pueblos, evitando la confusión de algunos, y el agravio de otros. Y la sublimidad del misterio de la encarnación, por la que Dios tomó nuestro cuerpo, viviendo entre nosotros, cuanto más vil parece, tanto mejor ostenta la clemencia divina, y resulta más remota e inasequible a la soberbia de los hombres de ingenio” (Del orden 2, 5, 16).

Nuestra alma ha caído lejos de ella misma, en el dominio de los sentidos y debe retornar: “Pues así como el alma, extrañada de sí misma, cayó en las cosas mortales, así debe regresar y volver a la intimidad de la razón” (Del Orden 2, 11, 31). Es en este regreso a la razón en lo que consiste la conversión filosófica a la que Agustín invita a sus alumnos. Este regresar es volver a la interioridad del hombre, volver a su ser más auténtico, adueñarse, poseerse. Es el retorno a sí mismo para conocerse y conocer el camino y evitar el error. Para conocerse hay dos caminos: la soledad y las artes liberales: “Y la causa principal de este error es que el hombre se desconoce a sí mismo. Para conocerse necesita estar muy avezado a separarse de la vida de los sentidos y

replegarse en sí y vivir en contacto consigo mismo. Y esto lo consiguen solamente los que o cauterizan con la soledad las llagas de las opiniones que el curso de la vida ordinaria imprime en ellos, o las curan con la medicina de las artes liberales” (Del orden 1, 1, 3). Todo este libro Del orden es rico en apuntes que volverán en la madurez de Agustín, como los temas de la interioridad, de la razón y la fe, de la autoridad, de lo bello, de los métodos de enseñanza. El pensamiento interior es la verdadera manifestación del espíritu y por esto no solo demuestra la inmortalidad del alma, sino que también introduce en la trascendencia. La autoridad es la capacidad de enseñar a los otros a través de los signos, definiendo así una cultura y una educación⁵.

Las obras de Casiciaco nos revelan las preocupaciones del espíritu de Agustín poco después de la conversión. Su primera preocupación fue defender la existencia de la verdad y mostrar el camino para poseerla y a esta tarea dedica el libro Contra Académicos. En el libro de la vida feliz se termina exhortando a buscar a Dios y a conocerlo perfectamente, que es en lo que consiste la hartura espiritual y la felicidad de la vida. Para contemplar a Dios, nos dice en el libro Del orden, el hombre tiene que poner orden en su alma. El tema central en Soliloquios es el conocimiento de Dios y del alma. Como vemos la preocupación principal de Agustín es Dios, conocer, contemplar, buscar a Dios y así “San Agustín comenzó en Casiciaco a vivir el cristianismo”⁶.

Todo lo que hemos dicho lleva como fin el conocerse y hacerse apto para contemplar a Dios. La filosofía consiste en el conocimiento de Dios, que hace felices. Pero para llegar a Dios, para conocerle, antes es necesario el conocimiento del alma. Por esto la filosofía afronta dos cuestiones, como afirma Agustín: “Dos problemas le inquietan: uno concerniente al alma, el otro concerniente a Dios. El primero nos lleva al propio conocimiento, el segundo al conocimiento de nuestro origen. El propio conocimiento nos es más grato, el dé Dios más caro; aquél nos hace dignos de la vida feliz, éste nos hace felices. El primero es para los aprendices, el segundo para los doctos. He aquí el método de la sabiduría con que el hombre se capacita para entender el orden de las cosas, conviene a saber: para conocer los dos mundos y el mismo principio de la universalidad de las cosas, cuya verdadera ciencia consiste en la docta ignorancia” (Del orden 2, 18, 47). En Soliloquios nos dice que esto es lo que pretende por encima de todo, conocerse y conocer a Dios: “He rogado a Dios. ¿Qué quieres, pues, saber? Todo cuanto he pedido. Resúmelo brevemente. Quiero conocer a Dios y al alma. ¿Nada más? Nada más. Empieza, pues, a investigar. Pero dime antes a qué grado de conocimiento quieres llegar hasta decir: basta ya. No sé cómo debe manifestárseme Dios hasta decir: ya es suficiente, porque no creo que conozca ninguna cosa como deseo conocerlo a Él. Entonces, ¿qué hacemos? ¿No crees que primero debe determinarse el grado del saber divino a que aspiras, para que una vez logrado cese tu investigación? Así opino; pero no veo el modo de conseguir esto. ¿Acaso conozco algo semejante a Dios para poder decir: como conozco esto, así quiero conocer a Dios? Si

⁵ Cf. Beretta, L., Il rus Cassiciacum nei dialoghi de Agostino. Ambiente storico, personaggi, scritti, tradizione iconográfica e devozionale, in Percorsi Agostiniani IX/18 (2016), pp.181-218, p. 196-197.

⁶ Capanaga, V., Introducción a los Soliloquios, en Obras Completas de San Agustín, Madrid 1969, vol 1, p. 429.

todavía ni conoces a Dios, ¿cómo sabes que no conoces nada semejante a Él? Porque si conociera algo semejante, lo amaría sin duda ninguna; y ahora sólo amo a Dios y al alma, dos cosas que ignoro” (Soliloquios 1, 2, 7). Pero, como hemos visto más arriba, el Dios buscado y que intenta conocer la filosofía es el Dios Uno y Trino, el Dios que nos da a conocer la Escritura (cf. Del orden 2, 5, 17).

En un momento Agustín se da cuenta que sus alumnos no le siguen porque el problema es muy complicado y decide exponerles el orden de los estudios para que se acostumbren a subir de lo material a lo espiritual: “Pero como viese que esta cuestión era difícil de entender, y más penosamente aún conseguir que la comprendiesen, disputando, aquellos con quienes la trataba, preferí hablar del orden en el saber cómo se puede progresar desde las cosas corporales hacia las incorporeales” (Retractaciones 1, 3, 1).

2.- Una nueva pedagogía.

En relación con el tema de estas jornadas: Los jóvenes en el mundo de hoy. Acompañamiento y discernimiento, me parece que puede ser interesante resaltar que Agustín en Casiciaco es el educador de dos discípulos que le han seguido. Es decir, en este momento se sigue en “nuestra escuela” (Del orden 1, 3, 7), enseñando y ayudando a los dos jóvenes a discernir a lo que se van a dedicar: “En los Dialogi de Casiciaco los interlocutores principales están bien caracterizados: Licencio es un joven inteligente, pero infatuado por la poesía, que no teme sostener las tesis más diversas, con tal de resultar vencedor en la discusión; Trigecio es más reposado, más reflexivo, aunque menos brillante; Mónica es la madre que tiene cuidado de todos, pero representa también la fe cristiana, que aporta a la discusión el testimonio de su fe; Agustín es el maestro, que guía a los discípulos en la búsqueda de la verdad con hábiles preguntas y proponiendo nuevas pistas de búsqueda”⁷

En Casiciaco Agustín tiene reminiscencias de su etapa anterior en el aspecto educacional, aunque con matizaciones⁸. Se puede considerar este periodo como una experiencia pedagógica original: “No olvidemos que el profesor había arrastrado a sus discípulos tras la misma aventura espiritual, y era justo que les ayudara, valiéndose de su afición a la filosofía y a los estudios. Les propone como consigna de aquel retiro la meditación de sí mismo”⁹. A pesar de que todo parece que sigue igual que antes, en el aspecto pedagógico ha sucedido un cambio sustancial: “Con el suceso de la conversión -ese terremoto interior- también se opera una gran transformación en su magisterio. Así se evidencia en la obra dialogada de Casiciaco, a raíz de su encuentro con Cristo. Ahora educando a los hijos de Veracundo, se empeñará ante todo por iluminar la “forma madura” del hombre interior. Comprenderá los valores de la sabiduría trascendente y toda su preocupación como maestro la pondrá en allanar el camino para llegar más

⁷ Cipriani, N., Los Dialogi de san Agustín. Guía para su lectura, Guadarrama, 2017.

⁸ Cf. Boyer, C., Sant’Agustino filosofo, Bologna 1965, pp. 231-232.

⁹ Lejard, F., El tema de la felicidad en los diálogos de San Agustín, en Augustinus, 20, 1975, pp. 29-81, p. 31.

pronto a ella. Su quehacer pedagógico, desde ahora, superará el formalismo vacío de muchas fórmulas clásicas y se orientará decididamente hacia el problema humano, ideológico, de contenido, de la formación. La Sabiduría está al final del proceso”¹⁰.

Casiciaco es importante para conocer la pedagogía de Agustín, como tantos otros aspectos, y para conocer a Agustín en la vida concreta de cada día. En Casiciaco se nos presentan un gran número de consejos precisos para la educación moral y civil de los jóvenes (Cf. Del orden 2, 8, 25). Está ampliamente desarrollado el tema de las artes liberales, como contenido de la instrucción y que ha tenido una influencia no poca en la organización de la escuela occidental¹¹. Lo importante en cuanto a las artes liberales, más allá del contenido, es la actitud metodológica y pedagógica de Agustín. Toda la cultura humana se desarrolla a partir de la gramática, mientras que del análisis del valor lógico del lenguaje nace el estudio de la dialéctica, que es la disciplina de las disciplinas y nos da el método de enseñar y de aprender: “Una vez acabada y organizada la gramática, la razón pasó al estudio de la misma actividad pensante y creadora de las artes, porque no sólo las había reducido a cuerpo orgánico por medio de definiciones, divisiones y síntesis, sino también las defendió de todo error. Pues ¿cómo podía pasar a nuevas construcciones sin asegurarse primero de la perfección y seguridad de sus instrumentos, distinguiéndolos, notándolos, clasificándolos y creando de este modo la disciplina de las disciplinas, que es la dialéctica? Ella nos da el método para enseñar y aprender” (Del orden 2, 13, 38. Coronando todas las disciplinas está la filosofía. Según Agustín el concepto integral de educación engloba el aspecto de formación y de instrucción: “Pero como muchas veces los hombres, cuando se les persuade de las cosas buenas, útiles y honestas, no siguen el dictamen de la verdad pura, que brilla a los ojos de muy pocos, sino se van en pos del halago de los sentidos y de la propia costumbre, era necesario no sólo instruirlos según su capacidad, mas también muchas veces enardecerlos para la práctica” (Del orden 2, 13, 38).

En este campo, uno de los aspectos más interesantes es la exigencia de un método en el estudio y en la enseñanza de la filosofía: “Yo quiero ahora grabéis bien en vuestro ánimo lo siguiente: si alguien, temerariamente y sin ordenar bien sus conocimientos de las artes, *se atreve a entrar en este campo*, es más bien curioso que estudioso, más crédulo que docto, más temerario que precavido” (Del orden 2, 5, 17). Pero también en la vida es necesario ese orden, estudio ordenado y orden personal. Además esta exigencia de método que quiere inculcar a sus alumnos, como garantía de su progreso intelectual, es fundamental en la pedagogía agustiniana como convencimiento existencial, hasta el punto de que alguno piensa que su amplia y original producción depende de su orden en el estudio¹².

En Casiciaco Agustín tiene un concepto integral de educación que implica unificar todos los conocimientos y todas las disciplinas, ser eruditos y consagrarse al estudio de las cosas divinas, contemplarlas, entenderlas y guardarlas: “Quien no se deje seducir de ellas y cuanto halla disperso en las varias disciplinas lo unifica y reduce a un

¹⁰ Castellanos, N., El problema educativo de la adolescencia en San Agustín, en Augustinus, 8, 1963, pp. 348-393, p. 352.

¹¹ Oggioni, E., S. Agostino filosofo y pedagogo, Padova 1949, p. 276; Howie, G., Educational theory and practice in St. Augustine, London 1969, p. 241.

¹² Cf. Gentile, D., Introduzione al libro Dell'Ordine. Opere di Sant'Agostino, Roma 1970, pp. 229-242, p. 238.

organismo sólido y verdadero, merece muy bien el nombre de erudito, dispuesto para consagrarse al estudio de las cosas divinas, no sólo para creerlas, sino también para contemplarlas, entenderlas y guardarlas... quien no sepa esto y se mete a investigar, no la naturaleza de Dios, a quien se conoce mejor ignorando, sino la naturaleza de la misma alma, caerá en toda clase de errores” (Del orden 2, 16, 44). Todo el programa de estudios a realizar busca la formación integral. Agustín pide incluso una liberación ética y una apertura al sobrenatural, que implica un compromiso moral serio. De hecho, Agustín, observando a su madre, no puede por menos que relativizar la instrucción y dice: “Mas viniendo a los conocimientos que hemos menester para proseguir nuestro estudio, no te amedrente, ¡oh madre!, esta selva inmensa de cosas. Porque de todas esas artes se escogerán algunas ideas esenciales y genéricas, muy pocas en número, pero de gran eficacia y difíciles de asimilar para muchos, pero no para ti, porque tu ingenio me parece nuevo cada día, y tu espíritu, alejadísimo por la edad y templanza de todas las bagatelas y limpio de toda corrupción corporal, se ha erguido a una maravillosa altura” (Del orden 2, 17, 45). Como se puede comprobar de lo que se trata, en principio, es de conseguir unas nociones elementales porque lo importante es llegar a ser sabios y no solo eruditos. En este sentido Mónica encarna verdaderamente esa sabiduría que se la da no el estudio sino la vivencia de la fe.

El concepto de educación que se maneja en Casiciaco compromete toda la vida intelectual del hombre y se abre al amplio campo de la vida, es decir, abraza toda la vida y es más extensa que la enseñanza¹³. De hecho Agustín habla del cuidado que tiene por la formación moral de sus discípulos: “Si comprendéis cuánto os amo, cuánto estimo y el cuidado que me da vuestra formación moral” (Del orden 1, 10, 29). La última etapa del proceso formativo es la sabiduría: “—Si amas el orden—le insistí—, hay que volver a la poesía, porque la erudición moderada y racional de las artes liberales nos hace más ágiles y constantes, más limpios y bellos para el abrazo de la verdad, para apetecerla más ardientemente, para conseguirla con más ahínco, y unirse más dulcemente a la que se llama vida bienaventurada” (Del orden 1, 8, 24). El fin último, la pretensión que Agustín tiene es llegar a la contemplación de Dios, es decir, instalarse en la Verdad y conseguir la armonía: “Mas cuando el alma se arreglare y embelleciera a sí misma, haciéndose armónica y bella, osará contemplar a Dios, fuente de todo lo verdadero y Padre de la misma verdad” (Del orden 2, 19, 51).

La temática no está prefijada de antemano, va surgiendo de la vida misma, de hecho, por ejemplo, en el libro *Del orden*, nos presenta el surgir de algún argumento. En concreto, nos dice, velaba una noche y le llama la atención el ruido del agua de un canal que pasaba al lado, el ruido parecía alternativo y comienza a preguntarse por la causa. Licencio da a entender que está en vela por culpa de un ratón y Agustín le pregunta si se ha fijado en la irregularidad del sonido del agua. Licencio responde y Trigeccio da señales de aprobación: “Al ver, pues, que toda nuestra escuela estaba allí (Alipio y Navigio se habían ido a la ciudad) y cómo todos velaban aún en aquellas horas, aquel fenómeno de las aguas me indujo a darles alguna lección” (Del orden 1, 3, 7). Viéndoles

¹³ Cf. Sciacca, M.F., S. Agostino. *La vita e l'opera. L'itinerario de la mente*, Brescia 1949, p. 220.

atentos Agustín pregunta. Licencio da una explicación y Agustín se siente orgulloso: “Yo, oyendo esto, me erguí a una esperanza más viva de lo acostumbrado, cuando al hacerles algunas preguntas veo que un tan tierno muchacho, ganado recientemente para estas cosas, ha improvisado una sentencia de tanta gravedad, sin haber nunca tratado antes esta materia entre nosotros” (Del orden 1, 3, 8). A partir de preguntas y respuestas, es decir, aplicando el método socrático, se van clarificando las cuestiones que se plantean, todos están atentos y todos participan y van avanzando en la respuesta y el planteamiento de nuevas cuestiones. Es lógico que Agustín disfrute viendo progresar a sus alumnos. En un momento, Agustín nos dice: “Cuando calló Trigecio, yo no cabía de gozo dentro de mí viendo cómo aquel adolescente, hijo de un carísimo amigo mío, se hacía mío por espiritual filiación; y no sólo esto, sino que crecía y se engrandecía con su amistad para conmigo; y habiendo desconfiado de su aplicación aun para llegar a ser una medianía en las letras, lo veía ahora, despreciando todo su caudal, lanzarse con todo su ímpetu al corazón mismo de la filosofía. Cuando en silencio me maravillaba de esto, ardiendo en deseos de felicitarle, él, como arrebatado de alguna idea, exclamó: — ¡Oh, si yo pudiera decir lo que quiero! ¿Dónde, dónde estáis, palabras? Venid en mi ayuda. Los bienes y los males están dentro del orden. Creed si queréis, porque yo no sé explicarlo” (Del orden 1, 6, 16).

Todo el grupo se alegra de aprender, descubren que tienen más de lo que creían poseer y cada uno aporta su granito de arena. Agustín en los diálogos de Casiciaco con frecuencia acoge con entusiasmo una idea expuesta por los interlocutores que son todavía jóvenes alumnos, después va corrigiendo en aspectos fundamentales las ideas dichas y manifiesta sus desacuerdos. Lo vemos, por ejemplo, cuando Trigecio presenta la teoría platónica que dice que el que ve el mundo en su conjunto, sin fijarse en los detalles, le parece ordenado y racional. Agustín dice: “¡Cuántas ideas sublimes— respondí yo—, cuántas verdades admirables me comunica por vuestra boca nuestro Dios, y no sé qué orden oculto de las cosas, según cada vez más me inclino a creer! Porque me estáis diciendo unas cosas que no sé cómo pueden decirse sin haberlas intuido ni cómo las conocéis. ¡Tan altas y verdaderas me parecen! ¿Y buscabas tú un símil para dar resalte a tu pensamiento? A mí me ocurren a granel, confirmándome en la verdad que has dicho” (Del orden 2, 4, 12). Cualquiera podría pensar que Agustín aprueba todo lo dicho y sin embargo, a continuación, critica y corrige la teoría platónica, porque hay que afinar mucho y no asumir sin más lo que otros dicen¹⁴.

Es curioso pero en esta educación no es el aula y la hora la que condiciona sino que el comienzo y el fin de cada diálogo lo determinan los interlocutores, cuando hace acto de presencia el cansancio, termina la tarea (Cf. Del orden 1, 8, 26). Aquí no hay nada prefabricado, se trata de la formación integral, se discute o se descansa, se trabaja en la finca o se lee a Virgilio, todo es material apto para esta formación, para la construcción de la personalidad: “En cada diálogo de Casiciaco el maestro Agustín, observa, provoca, entrena, colabora, favorece, sostiene, motiva. No impone ni califica,

¹⁴ Cf. Cipriani, N., *Los dialogi...* o.c., pp. 95-96.

no cambia ni sustituye, no elimina ni llena vacíos. El alumno es quien descubre, desarrolla, investiga, comprueba, critica, califica, constata, practica y acepta”¹⁵.

Agustín insiste más en el alumno que en el maestro y es que el maestro no es la causa del aprender, sino un portador de estímulos que tiene la función de animar. Sí, “el centro de la pedagogía clásica es el maestro, en la pedagogía agustiniana es el discípulo”¹⁶. Pero el maestro no es una mera figura decorativa sino que ayuda en el proceso de alumbramiento de las ideas. Esto es lo que nos da a entender Licencio cuando dice: “Pregúntame, pues, ya, te ruego, para poder explicar con tus palabras y con las mías este no sé qué tan grande que siento” (Del orden 1, 4, 11). Es cierto que nunca se trata de una imposición arbitraria y que siempre hay que justificarlo con rigor e intentar ayudar a que los alumnos crezcan en el conocimiento de sí mismos: “Hago esta observación no por ti, sino por los jóvenes, para que no los menosprecien, tomándolos por cosa mía. Porque no quiero que ellos me crean a mí sino cuando razono y pruebo lo que les digo” (Del orden 2, 10, 28).

Agustín cree en la ley del amor y su pedagogía lleva la impronta del amor. Es el amor a la verdad el que une al maestro y al discípulo en su búsqueda. En el libro Del orden encontramos una dura reprimenda a sus dos alumnos, por una rivalidad de vanagloria y Agustín termina apelando al amor: “Encarándome con ambos, les reprendí: Pero ¿es éste vuestro espíritu? ¡No sabéis cuan pesada carga de vicios nos oprime y qué tenebrosa ignorancia nos envuelve! ¿Dónde está aquella vuestra atención y ánimo levantado a Dios y a la verdad, de que poco ha me gloriaba yo ingenuamente? ¡Oh si vierais, aun con unos ojos tan turbios como los míos, en cuántos peligros yacemos y de qué demente enfermedad es indicio vuestra risa! ¡Oh si supierais, cuan pronto, cuan luego la trocaríais en llanto! ¡Desdichados! ¡No sabéis dónde estamos! Es un hecho común que todos los necios e ignorantes están sumidos en la miseria: mas no a todos los que así se ven, alarga de un mismo y único modo la sabiduría su mano. Y creedme: unos son llamados a lo alto, otros quedan en lo profundo. No queráis, os pido, doblar mis miserias. Bastante tengo con mis heridas, cuya curación imploro a Dios con llanto casi cotidiano, si bien estoy persuadido de que no me conviene sanar tan pronto como deseo. Si algún cariño me tenéis, si algún miramiento de amistad; si comprendéis cuánto os amo, cuánto estimo y el cuidado que me da vuestra formación moral; si soy digno de alguna correspondencia de parte vuestra; si, en fin, como Dios es testigo, no miento al desear para vosotros lo que para mí, hacedme este favor. Y si me llamáis de buen grado maestro, pagadme con esta moneda; sed buenos” (Del orden 1, 10, 29). En este episodio se nos pone de relieve cómo Agustín se esfuerza para que los jóvenes alumnos comprendan y progresen en todos los aspectos, comentando este hecho, dice Nicolás Castellanos: “Esta es la nueva orientación, apelación explícita a la moralidad y eticidad de sus discípulos, pero siempre con una mayor tendencia e inclinación hacia el fin último y la verdad cristiana. Con esta nueva orientación ha sugerido, tal vez, la

¹⁵ Rodríguez, L., El maestro de Casiciaco, en Estudio Agustiniano 13, 1973, pp. 115-120, p. 120.

¹⁶ Sciacca, M.F., S. Agostino o.c. p. 220, nota 80.

corrección más grande de la escuela de su tiempo, al poner de nuevo el acento en el contenido ético-moral, completado e integrado con el cristianismo”¹⁷.

En el mismo tono Agustín Trapé ha visto en el texto citado una síntesis de la concepción educativa de Agustín, cuando dice: “Estas palabras son el índice del alma de Agustín educador y síntesis de su programa: amar profundamente a sus alumnos, impartirlos con generosidad la ciencia, pero pedir, en compensación, que sean buenos. Estos sentimientos no son consecuencia de este momento. Anteriormente Agustín deseaba tener alumnos que amasen los estudios por su utilidad y por la belleza intrínseca y no por satisfacer la vanagloria”¹⁸.

Tiene razón Trapé al afirmar que este sentimiento no es del momento porque el mismo Agustín le confiesa a Licencio que una de las cosas que más le molestaba de siempre en los alumnos era la vanagloria: “¿Y todavía no reconoces tu pecado? ¿No sabes lo mucho que me disgustaba en la escuela que a los jóvenes se provocase a la emulación, no mirando la utilidad y excelencia de las artes, sino el amor a una vanísima gloria, hasta el punto de que no se ruborizan de recitar discursos ajenos y recibir aplausos, ¡qué vergüenza!, de los mismos cuya composición recitan? Vosotros, si bien no incurris en semejante fragilidad, no obstante os empeñáis en traer aquí e infestar la filosofía y el nuevo género de vida que gozosamente he emprendido con aquella mortífera jactancia de la vanagloria, la última, pero la más funesta de las pestes; y tal vez porque os quiero apartar de esa morbosa vanidad, os haréis más pìgres para el estudio de la doctrina, y repelidos por el deseo ardiente de la fama, que se lleva el viento, os volveréis carámbanos de torpor y desidia. Desdichado de mí si aún tengo que lidiar con tales enemigos, en quienes no es posible expulsar a unos vicios sino con la alianza de otros” (Del orden 1, 10, 30).

3.- La comunidad de Casiciaco¹⁹.

En las Confesiones Agustín nos dice cómo eran sus amigos y como disfrutaba con ellos y nos revela un proyecto que había diseñado de una comunidad de amigos: “También muchos amigos, hablando y detestando las turbulentas molestias de la vida humana, habíamos pensado, y casi ya resuelto, apartarnos de las gentes y vivir en un ocio tranquilo. Este ocio lo habíamos trazado de tal suerte que todo lo que tuviésemos o pudiésemos tener lo pondríamos en común y formaríamos con ello una hacienda familiar, de tal modo que en virtud de la amistad no hubiera cosa de éste ni de aquél, sino que de lo de todos se haría una cosa, y el conjunto sería de cada uno y todas las cosas de todos. Seríamos como unos diez hombres los que habíamos de formar tal sociedad, algunos de ellos muy ricos, como Romaniano, nuestro comunicípe, a quien algunos cuidados graves de sus negocios le habían traído al Condado, muy amigo mío desde niño, y uno de los que más instaban en este asunto, teniendo su parecer mucha

¹⁷ Castellanos, N., El problema educativo..., a.c., p. 352.

¹⁸ Trapé, A., L'azione educativa di Sant'Agostino, en Atti della settimana agostiniana Pavese, Pavia 1970, pp. 17-39, p. 28.

¹⁹ En este apartado soy deudor no de las palabras textuales pero sí de algunas ideas del Trabajo de Camino, A., La comunidad de Casiciaco como grupo informal, citado anteriormente.

autoridad por ser su capital mucho mayor que el de los demás. Y habíamos convenido en que todos los años se nombrarían dos que, como magistrados, nos procurasen todo lo necesario, estando los demás quietos. Pero cuando se empezó a discutir si vendrían en ello o no las mujeres que algunos tenían ya y otros las queríamos tener, todo aquel proyecto tan bien formado se desvaneció entre las manos, se hizo pedazos y fue desechado” (Confesiones 6, 14, 24).

Comentando este texto Nello Cipriani nos dice: “Aquel proyecto que había fracasado antes de la conversión, comenzó a realizarlo en el retiro de Casiciaco y lo continuó en Tagaste y en Hipona. Agustín, de hecho, entiende la filosofía como búsqueda de la sabiduría hecha junto con los amigos, sea porque la verdad conocida debe ser comunicada a los otros, no siendo bien privado sino común a todos, sea porque en una comunidad de amigos, que ponen en común todos los bienes, el primero que llega al conocimiento de la verdad ayudará a los otros a conocerla”²⁰. De hecho en Soliloquios, en el diálogo de Agustín con la razón, podemos leer: “Pero te pregunto: ¿por qué quieres que vivan o permanezcan contigo tus amigos, a quienes amas? Para buscar en amistosa concordia el conocimiento de Dios y del alma. De este modo, los primeros en llegar a la verdad pueden comunicarla sin trabajo a los otros. ¿Y si ellos no quieren dedicarse a estas investigaciones? Les moveré con razones a dedicarse. Y si no puedes lograr tu deseo, ora porque ellos se creen en posesión de la verdad, ora porque tienen por imposible su hallazgo o andan con otras preocupaciones y cuidados? Entonces viviré con ellos y ellos conmigo, según podamos. ¿Y si te distraen de la indagación de la verdad con su presencia? Si no logras cambiarlos, ¿no trabajarás y preferirás estar sin ellos que con ellos de esa manera? Ciertamente. Luego no quieres su vida y compañía por sí misma, sino como medio de alcanzar con ellos la verdad. Lo mismo pienso yo.” (Soliloquios 1, 12, 20).

En Casiciaco hay un deseo común de hacer una auténtica experiencia de vida, todos quieren ser ayudados en el proceso integral de sus vidas. Ciertamente los temas sobre los que se especula son de índole filosófica, pero Agustín en este momento la considera como un camino para ir a Dios, y la identifica con la contemplación cristiana: “La personalidad moral y religiosa de Agustín en Casiciaco nos parece, en cierto modo, como en un estado de esbozo. No se armonizan todavía las líneas; pero no se podría delinear sin tener en cuenta los elementos religiosos cristianos que la elaboran. Ha precedido la conversión. Dios ocupa el centro. El alma está en camino hacia la unificación”²¹.

- Los miembros de la comunidad.

Agustín no está solo, está rodeado de un grupo de amigos, que están en Casiciaco desde el verano del 386 hasta la primavera del 387 y que conviven diariamente son:

²⁰ Cipriani, N., *Los dialogi...*, o.c., p, 83.

²¹ Pellegrino, M., *Le Confessioni di Sant'Agostino*, Roma 1956, p. 169.

. Mónica, que tiene, como es evidente una superioridad desde la óptica espiritual, aunque Agustín parece que la considera también en el nivel especulativo, cuando dice: “Porque también las mujeres filosofaron entre los antiguos, y tu filosofía me agrada muchísimo” (Del orden 1, 11, 31). O en esta otra afirmación: “Madre, has conquistado el castillo mismo de la filosofía. Te han faltado las palabras para expresarte como Cicerón en el libro titulado *Hortensius*, compuesto para defensa y panegírico de la filosofía” (La vida feliz, 2, 10). Lo cierto es que Mónica ocupa un puesto especial en esta comunidad sobre todo por su alta inspiración cristiana, como muy bien lo reconoce se hijo: “Te excluiría, pues, a ti de este escrito si no amases la sabiduría; te admitiría en él aun cuando sólo tibiamente la amases; mucho más al ver que la amas tanto como yo. Ahora bien: como la amas mucho más que a mí mismo, y yo sé cuánto me amas, y has progresado tanto en su amor que ya ni te conmueve ninguna desgracia ni el terror de la muerte, cosa difícilísima aun para los hombres más doctos, y que por confesión de todos constituye la más alta cima de la filosofía; por esta causa yo mismo tengo motivos para ser discípulo de tu escuela” (Del orden 1, 11, 32). A Agustín le encanta que Mónica pueda participar en las discusiones y aportar su granito de arena, Mónica es muy admirada por sus cualidades: “Con nosotros también se hallaba nuestra madre, cuyo ingenio y ardoroso entusiasmo por las cosas divinas había observado yo con larga y diligente atención. Pero entonces, en una conversación que sobre un grave tema tuvimos con motivo de mi cumpleaños y asistencia de algunos convidados, y que yo redacté y reduje a volumen, se me descubrió tanto su espíritu que ninguno me parecía más apto que ella para el cultivo de la sana filosofía. Y así, había ordenado que cuando estuviese libre de ocupaciones tomase parte en nuestros coloquios, como te consta por el libro primero” (Del orden 2, 1, 1). Con esto tenemos la impresión que en este momento la práctica de la fe cristiana se presenta como superior a la especulación filosófica o que, al menos, es necesario vivir bien, o tener resuelto el problema moral para poder reflexionar con una cierta garantía.

. En Casiciaco está también Alipio, que aunque ejerce las tareas administrativas, siempre que puede interviene en el diálogo y comparte con Agustín toda la vida. Alipio juega un papel esencial en el conjunto de la vida de esta pequeña e incipiente comunidad. En las conversaciones tiene intervenciones decisivas, pero, por ejemplo, no ha podido estar en las conversaciones tenidas en torno al cumpleaños de Agustín, pero sí en los otros dos diálogos. Se ha tomado en serio el retiro y comenzó a ejercitarse en la humildad. Así responde, cuando todos esperaban otra cosa: “Nada estoy dispuesto a conceder que haya respondido mejor alguna vez a mi propia íntima instancia como el confesar que me retiro vencido por la discusión de hoy. Y creo que esta alegría no debe ser únicamente mía. Os la comunicaré, pues, a vosotros, compañeros de lucha y jueces míos... Así, pues, compañeros míos, convertid vuestra ansiedad expectante, con que me provocabais a responderle, en una más segura esperanza de instruiros juntamente conmigo. Tenemos un guía que es capaz de llevarnos, con la ayuda del Señor, hasta los mismos arcanos de la verdad” (Contra académicos 3, 20, 44). La admiración que siente por Agustín es patente, en otro lugar dice: “Una grandiosa imagen de la vida, tan completa como breve, acabas de trazar ante nuestros ojos, y aunque aspiremos a ella por

tus consejos diarios, hoy nos hemos enardecido, y nos has hecho más entusiastas. A esta clase de vida desearía que llegásemos no sólo nosotros, sino todos los hombres, a ser posible, y que a ella se abrazasen, si, como son tan fáciles de entender, lo fueran de practicarse estos consejos” (Del orden 2, 10, 28).

. Trigecio. Es uno de los alumnos de Agustín. Se nos presenta como un joven valiente. Está encantado con Agustín y con lo que le ofrece: “Te he mandado redactada la discusión que tuvieron entre sí Trigecio y Licencio. Pues habiéndosenos llevado al primero la milicia por algún tiempo, como para vencer el fastidio del estudio de las disciplinas, nos lo devolvió con una ardentísima pasión y voracidad de las grandes y nobles arte” (Contra académicos 1, 1, 4).

. Licencio, es un joven entusiasta e inquieto, es el que más preocupa a Agustín. Es inteligente y apasionado, le ha visto cómo crecía. En un momento Agustín hace esta reflexión, refiriéndose a Licencio: “Cuando calló Trigecio, yo no cabía de gozo dentro de mí viendo cómo aquel adolescente, hijo de un carísimo amigo mío, se hacía mío por espiritual filiación; y no sólo esto, sino que crecía y se engrandecía con su amistad para conmigo; y habiendo desconfiado de su aplicación aun para llegar a ser una medianía en las letras, lo veía ahora, despreciando todo su caudal, lanzarse con todo su ímpetu al corazón mismo de la filosofía” (Del orden 1, 6, 16).^[L]^[SEP] En Casiciaco se presenta original y dócil, pero bastante inmaduro. Sin duda es el discípulo favorito de Agustín y él admira enormemente a su maestro: “Al marcharnos dijo Licencio: — N o olvides cuántas y cuan necesarias^[L]^[SEP] cosas por conducto tuyo, y sin reparar en ello tú mismo, nos son suministradas por aquel orden ocultísimo y divino.^[L]^[SEP] Ya lo veo—le dije—, y doy gracias a Dios por ello; y espero que vosotros, conscientes de esto, seréis cada día mejores” (Del orden 1, 11, 33). La escena que nos narra Agustín de la reprimenda a los dos alumnos nos muestra los esfuerzos de este hombre por educarlos integralmente, aunque algunas veces fuese un fracaso (Cf. Del orden 1, 10, 29). A pesar de ello, se pueden observar los progresos que han ido haciendo y se lo dice al padre de Licencio: “Aquí vive conmigo, muy enfrascado en el estudio, nuestro Licencio, que, dejando las seducciones y pasatiempos de su edad, se ha consagrado tan de lleno a la filosofía, que me atrevo sin temeridad a proponerlo como modelo a su padre” (Contra académicos 1, 1, 4).

. Es curioso que Agustín, que nos ha dado gran cantidad de datos de sus amigos, pasa prácticamente por alto los datos de su familia, si quitamos a su madre, de hecho en este grupo tenemos a un hermano y dos primos y no sabemos casi nada de ellos, Navigio apenas interviene una vez, pero es cierto que está presente en la comunidad de Casiciaco y junto a Alipio se dedica a los quehaceres administrativos del grupo. Rustico y Lastidiano asisten a los diálogos pero no intervienen nunca, aunque en un momento dado parece que todos están implicados: “Gozosamente admitieron todos la idea última.^[L]^[SEP]—Nada nos resta—continué yo—sino averiguar quiénes tienen a Dios, porque ellos son los verdaderamente dichosos. Decidme sobre este punto vuestro parecer. Tiene a Dios el que vive bien—opinó Licencio. Posee a Dios el que cumple su voluntad en todo—dijo Trigecio, con aplauso de Lastidiano. El más pequeñuelo de todos dijo: A

Dios posee el que tiene el alma limpia del espíritu impuro. La madre aplaudió a todos, pero sobre todo al niño. Navigio callaba, y preguntándole yo qué opinaba, respondió que le placía la respuesta de Adeodato. Me pareció también oportuno preguntar a Rústico sobre su modo de pensar en tan grave materia, porque callaba más bien por rubor que por deliberación, y mostró su conformidad con Trigecio” (La vida feliz 2, 12).

La atmósfera que reina en es profunda y familiar a la vez, da la impresión que Agustín ve en este género de vida la forma de vivir. Agustín se entrega a todos, pero sobre todo a sus dos jóvenes alumnos y les va llevando con delicadeza por los problemas más profundos para guiar sus mentes a la conquista de la verdad y el bien. Todos están entusiasmados por conseguir el ideal de la sabiduría.

* Cómo vive esta incipiente comunidad

Presentamos ahora algunas pautas de vida que sirvieron en aquel momento y que pusieron las bases para la futura comunidad agustiniana. Se trata de ir descubriendo las distintas actividades que marcaban el ritmo de vida que llevaban: estudio, trabajo, oración, relaciones entre ellos y con los ausentes, vida de familia, reuniones. El impulso primero es el deseo de Agustín de consagrarse a la sabiduría, sueño que desde la lectura del Hortensio le ronda en la cabeza y en el corazón y hacerlo familiarmente con un grupo de amigos.

Casiciaco es el puerto tranquilo, el puerto de la filosofía (Cf. La vida feliz 1, 1-4). del que reposa en Dios, pero también del que necesita alimentar su espíritu y reedificar la comunidad, la familia, desde la amistad. Casiciaco es un lugar de retiro y de preparación del corazón, de experiencia de vida al aire libre. Muchos años después, recordará agradecido Agustín aquella experiencia: “¡Oh fiel cumplidor de tus promesas!, da a Verecundo en pago de la estancia de su quinta de Casiciaco, en la que descansamos en ti de las congojas del siglo, la amenidad de tu paraíso eternamente verde, porque le perdonaste los pecados sobre la tierra *en el monte de quesos, monte tuyo, monte fértil* “ (Confesiones 9, 3, 5).

- El estudio.

Como no podía ser de otra manera la reflexión y el estudio ocupa la mayoría del tiempo de algunos de los que convivían en Casiciaco ya que es una parte fundamental de la formación integral de los jóvenes, aunque no se puede afirmar que en Casiciaco funcionase una escuela al estilo clásico, como ya sabemos. Aquí se inculcaba el amor a la sabiduría y el maestro, Agustín, es consciente de su labor, como se lo dice a Trigecio: “Entonces dijo Trigecio: ¿Es lícito volver a las afirmaciones hechas a la ^{sep}ligera? Sólo niegan esa licencia, intervine yo aquí, los que disputan movidos no por el deseo de hallar la verdad, sino por una pueril jactancia de ingenio. Así, pues, aquí conmigo, sobre todo atendiendo a que estáis en la época de la formación y educación, no sólo se os concede eso, sino que os impongo como un mandato la conveniencia de volver a discutir afirmaciones lanzadas con poca cautela” (Contra académicos 1, 3, 8).

Se avanza discutiendo, corrigiéndose, reflexionando. Es necesario entusiasmarse por conseguir metas, por cultivar el espíritu, por clarificar lo difícil, así se lo dice a Licencio: “No por eso debes abandonar tú la causa emprendida, sobre todo sabiendo que esta discusión se ha suscitado para tu ejercicio y afinamiento de tu espíritu” (Contra académicos 2, 7, 17). Esta es la misma actitud que cultiva Agustín: “Yo estoy tan deseoso de aprender que me paso días y noches en ese ejercicio” (Del orden 1, 5, 12). Todo viene bien para que los jóvenes se interesen en la búsqueda apasionada del por qué de las cosas. Aunque para esto fuera necesario abandonar a veces el tema central y solo cuando se divaga demasiado el maestro llama la atención.

En los estudios leen con gusto los autores clásicos: “Y mirando por mi salud, nada hice más aquel día; sólo antes de la cena tenía costumbre de escuchar con ellos todos los días la lectura de medio volumen de Virgilio, y era nuestra ocupación considerar el admirable modo de ser de las cosas” (Del orden 1, 8, 26). Los argumentos de la discusión nacen de la vida cotidiana y todos participan de las discusiones. El estudio en Casiciaco es serio y no se toma a la ligera. Cuando todos se han esforzado el entusiasmo es evidente: “Mas para no alargarnos, ciérrese ya, si os place, este discurso, pues detenernos más en él me parece superfluo. La cuestión ha sido tratada suficientemente según mi plan; y con pocas palabras podría haberse dado por terminada, si no hubiera querido yo ejercitaros y, según es mi gran interés, probar vuestros nervios y esfuerzos de estudio. Pues habiéndome propuesto exhortaros vivamente a la investigación de la verdad, comencé por preguntaros qué interés poníais en ello, y ha sido tanto el que habéis puesto, que no puedo desear más” (Contra académicos 1, 9, 25).

- El trabajo.

El trabajo era algo normal en el retiro de Casiciaco, por ejemplo en el Contra Académicos leemos: “Ya la obscuridad de la noche nos impedía escribir, y viendo yo surgir de nuevo una grande cuestión, muy digna de discutirse, la dejé para otro día, pues habíamos comenzado a disputar cuando el sol bajaba a su ocaso, después de haber empleado casi todo el día en la ordenación de los trabajos agrícolas y el repaso del primer volumen de Virgilio” (Contra académicos 1, 5, 15). Por el texto parece que es Agustín el que tiene que distribuir las tareas a los obreros de la finca y que tiene también la función de supervisar a los trabajadores. Posiblemente todos los que están en Casiciaco tienen sus ocupaciones. Alipio, ya lo hemos visto, se dedica a las relaciones exteriores, de la contabilidad y de los contratos de compra-venta. El resto del grupo en ocasiones se ocupan de las tareas del campo: “El día siguiente también lució benigno y sereno, apenas nos dedicamos a las faenas agrícolas, porque gran parte de él lo empleamos en la redacción de cartas. Y pues nos convidaba la extraordinaria serenidad del cielo, quisimos aprovechar el poco tiempo que nos quedaba” (Contra académicos 2, 11, 25).

Otro de los días se dedicaron casi todo a las faenas del campo: “Por suerte lució un día muy claro y propicio para serenar nuestros ánimos. Abandonamos el lecho antes que de costumbre, y tratamos con los operarios de los trabajos más urgentes que había

que hacer” (Contra académicos 2, 4, 10). Lo que parece por lo visto es que el trabajo del campo era una actividad para los huéspedes de Casiciaco y que todos respondían a él con dedicación. Evidentemente se buscaba un equilibrio entre el estudio, el trabajo manual, la oración y el descanso.

- Vida de oración.

Recordando aquellos días de Casiciaco, podemos leer en las Confesiones: “¡Qué voces te di, Dios mío, cuando, todavía novicio en tu verdadero amor y siendo catecúmeno, leía descansado en la quinta los salmos de David—cánticos de fe, sonidos de piedad, que excluyen todo espíritu hinchado—en compañía de Alipio, también catecúmeno, y de mi madre, que se nos había juntado con traje de mujer, fe de varón, seguridad de anciana, caridad de madre y piedad cristiana! ¡Qué voces, sí, te daba en aquellos salmos y cómo me inflamaba en ti con ellos y me encendía en deseos de recitarlos, si me fuera posible, al mundo entero, contra la soberbia del género humano!” (Confesiones 9, 4, 8). Pero no es solo Agustín el que ora, parece que también los momentos de oración son importantes en el grupo: “Luego me levanté yo también, y elevando a Dios las acostumbradas preces, nos pusimos en camino hacia los baños” (Del orden 1, 8, 25).

El texto anterior da a entender que todos los días había costumbre de rezar antes de empezar la tarea, es decir, que la oración forma parte también del vivir cotidiano: “Mientras tanto, pasado algún tiempo, amaneció; se levantaron ellos, y yo, llorando, elevé muchas plegarias a Dios; y he aquí que oigo a Licencio, muy parlero y festivo, canturrear el verso del salmo: *Oh Dios todopoderoso; conviértenos, muéstranos tu rostro y seremos salvos*. Lo mismo había hecho la noche anterior” (Del orden 1, 8, 22). Para Agustín la meditación nocturna se había hecho ya algo natural, como nos repite con frecuencia: “Velaba yo una noche, según costumbre, meditando en silencio sobre unas ideas que no sé de dónde me venían, pues por amor a la investigación de la verdad solía estar desvelado la primera o la segunda parte de la noche, reflexionando sobre lo que fuera. No quería distraerme discutiendo con los jóvenes, porque durante el día ellos trabajaban tanto que me parecía demasiado hurtarles algo del sueño, por razón de estudio, si bien me tenían encargado que, fuera de los libros, les mandase otros trabajos con el fin de habituarse al recogimiento interior” (Del orden 1, 3, 6). Agustín se dirige constantemente a Dios implorando su perdón y misericordia: “Bastante tengo con mis heridas, cuya curación imploro a Dios con llanto casi cotidiano, si bien estoy persuadido de que no me conviene sanar tan pronto como deseo” (Del orden 1, 10, 29).

Donde mejor se expresa la vivencia religiosa de Casiciaco es, sin duda, en los Soliloquios. La oración del inicio, aunque Agustín nos confiesa que expresa lo que desea, más que lo que es la realidad: “No por ser verdaderas las cosas que ellos dijeron de Dios se concluye que las poseyeran con ciencia. Pues muchos copiosamente hablan de lo que no saben, como yo mismo las cosas que expresé en la plegaria las he formulado como un deseo, el cual sería irracional si tuviera ciencia de todo aquello;

pero ¿acaso por eso no debí expresarlo? Saqué a la luz tantos conceptos sin comprenderlos, recogidos de aquí y allá, depositados en la memoria y armonizándolos con la fe, según me era posible; pero el saber es otra cosa” (Soliloquios 1, 4, 9), sin embargo nos revela todo un esquema doctrinal y la actitud que ha de tener el hombre al dirigirse a Dios: “Ahora te amo a ti solo, a ti solo sigo y busco, a ti solo estoy dispuesto a servir, porque tú solo justamente señoreas; quiero pertenecer a tu jurisdicción. Manda y ordena, te ruego, lo que quieras, pero sana mis oídos para oír tu voz; sana y abre mis ojos para ver tus signos; destierra de mí toda ignorancia para que te reconozca a ti. Dime adonde debo dirigir la mirada para verte a ti, y espero hacer todo lo que mandares” (Soliloquios 1, 1, 5).

- Las reuniones.

Las reuniones del grupo de Casiciaco eran cotidianas. Normalmente se realizan al aire libre: “Después de una espléndida salida del sol, la claridad y la pureza del cielo, la temperatura benigna para el rigor de la estación invernal, nos convidaron a bajar a un prado que frecuentábamos y nos era muy familiar” (Del orden 2, 1, 1). En otro lugar podemos leer: “Y pues nos convidaba la extraordinaria serenidad del cielo, quisimos aprovechar el poco tiempo que nos quedaba. Llegamos al árbol de costumbre, y después de acomodarnos allí todos” (Contra académicos 2, 11, 25). Otras veces, cuando el tiempo no permite estar fuera, se dirigen a los baños: “Nos pusimos en camino hacia los baños. Pues por estar nublado el cielo, y no poder acomodarnos al aire libre, nos era cómodo y familiar aquel lugar para nuestras discusiones” (Del orden 1, 8, 25). Estas reuniones familiares con temas de lo más variado y con mucha normalidad en las relaciones, hacen de la estancia en Casiciaco una experiencia excepcional. Se parte de los datos de la experiencia que llaman la atención y, a través de preguntas bien dirigidas, se elevan hasta la contemplación del orden del universo, como ocurrió con la pelea de gallos (Cf. Del orden 1, 8, 25).

- Relaciones interpersonales.

En Casiciaco se ha logrado crear un ambiente de familia, aunque esto exige también respeto. Agustín no duda en corregir a los jóvenes cuando era necesario, por ejemplo cuando Licencio se cansó en la conversación sobre la vida feliz, Agustín le dijo: “En el día de tu natalicio pásame invitación, si te parece, y todo cuanto me presentes te lo recibiré con mil amores. Con la misma disposición quiero te sientes hoy en el convite de mi casa, sin pedir lo que tal vez no se ha preparado. Mostrándose él arrepentido y vergonzoso por el aviso” (La vida feliz 2, 10). El grupo aspira a mejorarse, por eso se acepta la corrección. Se busca el momento y el lugar adecuado para hacerla y se da razones del por qué de la corrección: “Sonrojose el muchacho con esto, y se retiró a beber, porque tenía una gran sed, evitándome la ocasión de decirle tal vez otras muchas cosas y más duras” (Contra académicos 3, 4, 7). Otras veces Agustín les elogia, les hace sentirse bien.

- Otras actividades.

En Casiciaco se pretende una vida integral y se desarrollan todos los aspectos de una vida armónica. Encontramos momentos de relax, de recreo, se animan mutuamente: “Y mientras yo, como chanceando, lo provocaba a que tomase para gustar esta porción suya, advertí que los demás, como ignorantes, pero ávidos de saber lo que tan jovialmente se trataba entre nosotros, nos miraban sin reírse” (La vida feliz 2, 16). Todos en Casiciaco procuran estar contentos y que los demás estén lo mismo. Se cultiva la salud y procuran estar físicamente bien: “Mas hoy bastante hemos escrito, según creo; hay que mirar también por la salud” (Soliloquios 1, 13, 23). De hecho, Agustín trata de cuidarse: “Notando yo la extensión de nuestras discusiones que habían de copiarse, y que, por otra parte, había materia para un libro ni quedaban más tabletas de escribir, puse fin a la discusión; así miraba también por el bienestar de mi pecho, porque me había acalorado más de lo justo en la reprensión dirigida a los jóvenes” (Del orden 1, 11, 33). Además, se paseaban por el campo, se hacían excursiones: “Dejando el paseo del campo, nos resolvimos volver a casa” (Contra académicos 2, 4, 10).

La comunidad de Casiciaco no se repliega sobre sí misma y cultiva las viejas amistades. Es una comunidad abierta y envía cartas a los ausentes para tenerles al tanto de lo que hacen. Recogen todo lo que dicen para que pueda ser transmitido. De hecho, cada libro va dirigido a una persona concreta para que sepan la experiencia que se está haciendo en Casiciaco. Al que parece que Agustín más quiere tener al tanto es a Nebridio, las cartas que le escribe son conversaciones a distancia, por ejemplo, en la carta 3: “Leí tu carta a la luz de candela, después de cenar. Iba ya a acostarme, pero no todavía a dormir. Tendido en la cama, pensé largo rato entre mí y mantuve conmigo este palique, Agustín con Agustín: ¿No es verdad lo que place a Nebridio, que *yo* soy feliz? Desde luego que no. Ni él mismo se atreve a negar que todavía soy necio. ¿Y si la felicidad pertenece también a los necios? ¡Difícil! ¡Como si la necedad fuese poca miseria, si no es la única. Pues ¿cómo se le ha ocurrido eso? ¿Quizá al leer mis ensayos se apresuró a creer que soy sabio? Pero la alegría entusiasta no es tan temeraria, sobre todo en un hombre cuya reflexiva ponderación nos es bien conocida. Esto es lo que ocurrió: escribió lo que estimó para mí sumamente agradable, porque a él le resultó dulce lo que yo escribí en esos ensayos; escribió en su entusiasmo y no meditó lo que confiaba a una pluma entusiasta. Y ¿qué dijera si hubiese leído los *Soliloquios*?” (Epístola 3, 1). También a Manlio Teodoro, le dice: “Quiero decirte que me ames, para que yo a mi vez te corresponda con el mismo afecto. Pues si lo consigo, creo que fácilmente alcanzaré la vida feliz, en que tú te hallas, según presumo. Por lo cual he querido escribirte y ofrecerte las primicias de mis disertaciones, por parecerme más religiosas y dignas de tu nombre, a fin de que conozcas mis ocupaciones y cómo recojo en este puerto a todos mis amigos, y por aquí veas el estado de mi ánimo, pues no hallo otro medio para dártelo a conocer” (La vida feliz 1, 5).

Lo mismo que Agustín ha utilizado los medios que tenía a su disposición para que esta comunidad de diese a conocer sus actividades y progresos, hoy deberíamos aprender a utilizar todos los medios para la comunicación y el conocimiento, para transmitir la vida que se va generando. Casiciaco fue lugar de estudio, de silencio y de paz pero fue también un verdadero laboratorio de relaciones, de vida comunitaria. Allí

se trabaja, se estudia, se ora, se crea un ambiente de familia, se pasea, se leen lecturas relajantes. Es, en definitiva, una gran experiencia de vida común.

4.- Origen del proyecto de vida consagrada²².

El primer artículo de Verheijen de la nota anterior comienza con estas palabras: “Cuando nos fijamos en la Regla de San Agustín en su estructura más elemental, se ve aparecer una trama que se asemeja sorprendentemente a algunas páginas del *De ordine* y del *De quantitate animae*, así como la concordancia existente entre esta estructura y el desarrollo del diálogo entre Agustín y la propia razón en los Soliloquios”.

La estructura de la Regla de Agustín es la siguiente: una breve introducción, siete capítulos, presentando los preceptos: La unidad de la vida comunitaria y la renuncia a todo bien personal; la oración en común y las oraciones privadas; el comedor, la lectura en la comida, los ayunos; las salidas, las relaciones con el otro sexo, la corrección fraterna; los servicios comunitarios; el perdón a dar y a recibir; las relaciones recíprocas entre el prepósito y los otros hermanos. Después de estos capítulos prescriptivos, Agustín expone en pocas palabras, bajo la forma de oración, cuál ha de ser el alma de todo este cuerpo de prescripciones y prohibiciones, como enamorados de la belleza espiritual. Por tanto, si quitamos la introducción tenemos que la estructura de la Regla, sería: Preceptos a vivir que son observados como amadores de la belleza espiritual. Este esquema es precisamente el que encontramos en Agustín desde sus escritos de Casiciaco, es decir, en la Regla encontramos al mismo “joven Agustín”, más maduro, pero siempre con la misma estructura de pensamiento (Cf. *Del orden* 2, 8, 25-19, 51).

Agustín se dio cuenta que todos los que estaban con él: Alipio, su madre, los jóvenes Licencio y Trigecio, tendían con aplicación, y cada uno con sus medios, hacia el conocimiento de Dios, pero lo hacían sin observar el debido orden, el orden indispensable a la naturaleza de la inefable majestad. En todo se necesita orden, pero sobre todo cuando se trata de llevar a los discípulos, junto con el maestro, al conocimiento de Dios: “Viendo yo aquí con qué afán y entusiasmo buscaban todos a Dios, pero sin tener un concepto claro del orden, con que se llega a la inteligencia de su inefable Majestad, les dije: Os ruego que, siamáis mucho el orden, no permitáis en vosotros ninguna precipitación ni desorden” (*Del orden* 2, 7, 24). El orden que lleva al conocimiento de Dios tiene dos aspectos, uno intelectual y otro moral. En el libro *Del orden* 2, 8, 25 Agustín formula para uno de sus jóvenes discípulos, los llamados preceptos de la vida o para vivir (Cf. *Del orden* 2, 9, 26. 27). El Agustín de Casiciaco no tiene claro que la subida hacia el conocimiento de Dios fuese determinada por acumular conocimientos. El texto en cuestión dice: “Esta disciplina es la misma ley de Dios, que, permaneciendo siempre fija e inconcusa en El, en cierto modo se imprime en las almas de los sabios; de modo que tanto mejor saben vivir y con tanta mayor elevación, cuanto

²² En este apartado soy deudor de Verheijen, L., *La Regola de S. Agostino I. Studi e Ricerche. Verso la bellezza*, Palermo 1980. *Il Verso un ideale di bellezza e di libertà. Come amanti della bellezza spirituale*, Palermo 1988.

más perfectamente la contemplan con su inteligencia y la guardan con su vida. Y esa disciplina a los que desean conocerla les prescribe un doble orden, del que una parte se refiere a la vida y otra a la instrucción. Los jóvenes dedicados al estudio de la sabiduría se abstengan de todo lo venéreo, de los placeres de la mesa, del cuidado excesivo y superfluo ornato de su cuerpo, de la vana afición a los espectáculos, de la pesadez del sueño y la pigrizia, de la emulación, murmuración, envidia, ambición de honra y mando, del inmoderado deseo de alabanza. Sepan que el amor al dinero es la ruina cierta de todas sus esperanzas. No sean ni flojos ni audaces para obrar. En las faltas de sus familiares no den lugar a la ira o la refrenen de modo que parezca vencida. A nadie aborrezcan. Anden alerta con las malas inclinaciones. Ni sean excesivos en la vindicación ni tacaños en perdonar. No castiguen a nadie sino para mejorarlo, ni usen la indulgencia cuando es ocasión de más ruina. Amen como familiares a todos los que viven bajo su potestad. Sirvan de modo que se avergüencen de ejercer dominio; dominen de modo que les deleite servirles. En los pecados ajenos no importunen a los que reciban mal la corrección. Eviten las enemistades con suma cautela, súfranlas con calma, términenlas lo antes posible. En todo trato y conversación con los hombres aténganse al proverbio común: "No hagan a nadie lo que no quieren para sí". No busquen los cargos de la administración del Estado sino los perfectos. Y traten de perfeccionarse antes de llegar a la edad senatorial, o mejor, en la juventud. Y los que se dedican tarde a estas cosas no crean que no les conciernen estos preceptos, porque los guardarán mejor en la edad avanzada. En toda condición, lugar, tiempo, o tengan amigos o búsqúenlos. Muestren deferencia a los dignos, aun cuando no la exijan ellos. Hagan menos caso de los soberbios y de ningún modo lo sean ellos. Vivan con orden y armonía; sirvan a Dios; en El piensen; búsqúenlo con el apoyo de la fe, esperanza y caridad. Deseen la tranquilidad y el seguro curso de sus estudios y de sus compañeros; y para sí y para cuantos puedan, pidan la rectitud del alma y la tranquilidad de la vida" (Del orden 2, 8, 25).

En la búsqueda de Dios, el alma tiene, según el joven Agustín, un gran esfuerzo que realizar, debe purificarse con la observancia de los preceptos, por otra parte ha de habituarse a mirar y buscar la unidad que está en el fondo de lo múltiple. Una vez el alma se unifica, una vez hecha bella y armoniosa, podrá contemplar a Dios (Cf. Del orden 2, 19, 51). Pero esto ha de comenzar con la enumeración de los preceptos a vivir para llegar a la contemplación de la belleza divina. Esta es la misma estructura de la Regla, por lo que podemos llamarla su primera Regla²³.

Tanto en este texto del libro Del orden como en la Regla se pide un comportamiento ascético, la modestia en el vestir, no buscar el poder o los honores, no apegarse al dinero o a los posesiones, evitar la cólera, el odio, dejar de litigar, no castigar, pero sí vigilar la observancia, procurar hacer amigos e intentar tener una sola alma y un solo corazón hacia Dios. Evidentemente si se viven bien los preceptos se

²³ Cf. Verheijen, Lc., Verso la bellezza spirituale, en La Regola di S. Agostino..., o.c. p. 169. Afirmando a renglón seguido, refiriéndose a el texto Del orden 2, 8, 25: "É questa una presentazione embriolale di quello che sarà più tardi la Regola monastica di S. Agostino", ibid, p. 170.

puede llegar a la contemplación de la belleza: “La estructura del *De ordine* II, 8, 25-19, 51, cuya semejanza con la de la *Regla* me parece evidente, está indicada brevemente por Agustín en II, 12, 35: Hay, pues, tres géneros de cosas en que se muestra la obra de la razón: uno, en las acciones relacionadas con un fin; el segundo, en el lenguaje; el tercero, en el deleite. El primero nos amonesta a no hacer nada temerariamente; el segundo, a enseñar con verdad; el tercero nos invita a la dichosa contemplación. El primero se relaciona con las costumbres; el segundo y el tercero, con las artes, de que hablamos aquí”²⁴.

Esta disposición que hemos visto en el *Del orden* y la *Regla*, la encontramos también en *Soliloquios*, donde Agustín se pregunta sobre el conocimiento de Dios y en un momento dice: “Y noto en mí un progreso creciente todos los días, pues cuanto más ardo en deseos de contemplar aquella soberana hermosura incorruptible, tanto más se dispara a ella toda mi afición y deseo” (*Soliloquios* 1, 10, 17). Y es que “para lograr esto, hay que dedicarse con todas las veras del entusiasmo al ejercicio de una vida virtuosa” (*Del orden* 2, 20, 52). Pero además Agustín insiste en la oración para poder subir de la vida moral a la contemplación de la Belleza. Piensa que fue las oraciones de su madre las que le han llevado a donde está y que le llevarán más lejos. A la vez muestra su admiración por Alipio y este le responde: “Verdaderamente has hecho revivir ante nuestros ojos la memoria de los grandes y doctos varones, que algunas veces nos parecía increíble por su elevación y grandeza; pero aquí, por la observación de todos los días y por la admiración que sentimos hacia ti, no sólo no nos parece dudosa aquella imagen, sino que estamos dispuestos a jurar por ella” (*Del orden* 2, 20, 53).

Como amantes de la belleza espiritual. La belleza es uno de los temas predilectos de Agustín que está presente en toda su producción literaria y que tiene una profunda riqueza, con frecuencia cuando habla de la belleza se refiere al buen comportamiento humano. El talante lo podemos comprobar cuando Agustín afirma ¿amamos otra cosa que lo bello? ¿Qué nos gusta en lo bello, por qué lo amamos? El Agustín de Casiciaco ha respondido a esta pregunta y dice que lo que le agrada en lo bello es la unidad. Por tanto, afirma que solo amamos lo bello, que lo que nos gusta en lo bello es lo armonioso, su unidad y que lo bello, en última instancia, es lo bello de las cosas divinas, de la sabiduría y es que nada deseamos fuera de la Sabiduría (Cf. *Soliloquios* 1, 14, 25).

En el *Contra académicos* habla de la *philocalia*, que es el nombre del amor a la belleza, que es hermana de la filosofía, aunque en *Retractaciones* parece que os dice que el amor a la belleza es idéntico al amor de la sabiduría, que es la belleza suprema (Cf. *Retractaciones* 1, 1, 3). El Agustín de Casiciaco es consciente de esto último. Por ejemplo en el *Del orden* (2, 14, 39) desea alcanzar la belleza para poderla contemplar directamente, pero se lo impiden los sentidos. Agustín quiere no solo alcanzar a contemplar, sino a tener certeza (Cf. *Del orden* 2, 16, 44). Lo que pasa es que para él

²⁴ Verheijen, Lc., *Verso la belleza...* o.c. p. 172.

philocalia no era el amor a la belleza en general, sino el amor de un cierto arte refinado de vivir que es como una etapa hacia el amor de la belleza divina. Volviendo sobre la philocalia, que es el amor de la belleza, se nos dice: “Esto es lo que vulgarmente se llama filocalia. No desprecies el vocablo a causa de su uso común, porque filocalia y filosofía son casi sinónimos y quieren aparecer como de la misma familia, y lo son. Pues ¿qué es la filosofía? El amor de la sabiduría. ¿Y qué es la filocalia? El amor de la hermosura. Pregúntaselo, si no, a los griegos. ¿Y qué es la sabiduría? ¿No es la misma verdadera hermosura? Son, pues, hermanas entre sí y engendradas de una misma madre; pero la filocalia, destronada de su cielo por el apego al placer y encerrada en la espelunca del vulgo, ha conservado una semejanza del nombre, como un aviso a sus seguidores para que no la menosprecien. Su hermana— la filosofía—, que vuela libremente, la reconoce muchas veces, aunque sin alas, sórdida y sumida en la miseria; pero raramente la liberta, pues la filocalia no conoce su origen, la filosofía” (Contra académicos 2, 3, 7). Y dirigiéndose a Romaniano continua diciendo: “Si, pues, aquel— me refiero a tu adversario—pudiera contemplar un poco con los ojos sanos y puros la verdadera hermosura, a la que ama en sus remedos falsos, ¡con qué alborozo se arrojaría en el seno de la filosofía! Y si te viera allí, ¡cómo te abrazaría como a hermano! ¿Te admiras de esto y aun tal vez te sonríes? Pues ¿qué sería si te lo explicase, como era mi deseo? ¿Y qué si pudiera, no digo verse la faz misma, pero sí oírse a lo menos la voz misma de la filosofía? Te llenarías de admiración; créeme, de nadie hay que desesperar, y mucho menos de sujetos de tales prendas. No faltan ejemplos; pájaros de esta clase fácilmente se escapan, fácilmente toman el revuelo, con gran admiración de muchos que siguen presos en sus jaulas” (Contra académicos 2, 3, 7).

Agustín nos dice que tenemos que estar muy atentos para salir de las tinieblas y enamorarse de la luz e intentar volar hacia el propio cielo: “Esfuézate con ahínco, durante esta vida terrena, por no enviscar las alas del espíritu; es necesario que estén íntegras y perfectas para volar de las tinieblas a la luz, la cual no se digna mostrar a los encerrados en esta prisión a no ser tales que, desmoronada ésta, puedan gozar a su aire” (Soliloquios 1, 14, 24). El alma ha de capacitarse para ver la inteligible belleza: “Pues contemplando aquella hermosura soberana y verdadera le crecerá el amor, y si no fijare sus ojos con poderosa fuerza, sin retirarlos de allí para mirar a otra parte, no podrá permanecer en aquella dichosísima contemplación... Y cuando después de la vida presente toda se recogiera en Dios, quedará la caridad con que se permanece allí” (Soliloquios 1, 7, 14).

5.- La espiritualidad agustiniana y otros asuntos.

En Casiciaco podemos apreciar el despertar de la espiritualidad agustiniana. La estancia en Casiciaco señala un punto de no retorno en la vida de Agustín. Se comienzan a manifestar y consolidar sus convicciones. En las páginas escritas allí se descubre la situación espiritual de Agustín. La reflexión sobre temas filosóficos alimenta su experiencia interior y le encamina hacia la meditación. La idea de Dios está plenamente presente, aunque en cada momento está revestida y presentada de diversas maneras: “En el Contra académicos representa la verdad, en La vida feliz es una medida

de la perfección, mientras que en el Del orden es el ser absoluto más allá del devenir. Este Dios cosmológico e ideal convive con el Dios de la experiencia humana que estalla en los Soliloquios, donde Dios asume contornos humanizados y Agustín lo compara a la luz, al bien, a la belleza, a la armonía”²⁵.

En Casiciaco la fe se inserta en el proceso del filosofar en cuanto admisión del límite del pensamiento humano en la búsqueda de la verdad. Así la fe se convierte en el presupuesto para un conocimiento que va más allá del filosofar, dado que el pensamiento humano es capaz de la verdad, aunque no de la verdad absoluta. En el libro La vida feliz, tener a Dios significa participar de Dios. Mientras que en el Del orden estar con Dios quiere decir tener conocimiento, mediante el pensamiento y la obra, del sentido de la vida, en cambio tener a Dios significa poseer en sí la perfección ideal como valor. En Soliloquios vuelve la relación entre fe y razón, entendiendo por fe el conocimiento del propio límite, que no se expresa con creer, sino como estímulo para la búsqueda. A la fe se le puede pedir poder superar el límite que nos impide conseguir la verdad. Lo ocurrido en Casiciaco da testimonio de una fase crucial de la conversión de Agustín. Pero Agustín busca la verdad no solo a través de la fe sino también con la mente: “Con todo, aun hallándome ya en los treinta y tres años de la vida, creo que no debo desconfiar de alcanzarla alguna vez, pues, despreciando los bienes que estiman los mortales, tengo propósito de consagrar mi vida a su investigación. Y como para esta labor me impedían con bastante fuerza los argumentos de los académicos, contra ellos me he fortalecido con la presente discusión. Pues a nadie es dudoso que una doble fuerza nos impulsa al aprendizaje: la autoridad y la razón. Y para mí es cosa ya cierta que no debo apartarme de la autoridad de Cristo, pues no hallo otra más firme” (Contra académicos 3, 20, 43).

En Casiciaco Cristo es mucho más que un maestro de moralidad y se insiste en defender la verdadera divinidad del Hijo (Cf. Del orden 1, 10, 29). Se afirma abiertamente la Encarnación (Cf. Del orden 2, 5, 16). Cree que es la Verdad y la Sabiduría de Dios: “Por divina autoridad sabemos que el Hijo de Dios es la Sabiduría de Dios; y ciertamente es Dios el Hijo de Dios. Posee, pues, a Dios el hombre feliz, según estamos de acuerdo todos desde el primer día de este banquete. Pero ¿qué es la Sabiduría de Dios sino la Verdad?” (La vida feliz 4, 34). La cristología de Casiciaco contiene en germen lo que después fue. En la oración introductoria de Soliloquios se pide a Dios que nos conceda su gracia para reconocer los signos y que nos de lo que necesitamos para encontrarnos con Él: “Esto hago, Padre, porque esto sólo sé y todavía no conozco el camino que lleva hasta ti. Enséñame tú, muéstrame tú, dame tú la fuerza para el viaje. Si con la fe llegan a ti los que te buscan, no me niegues la fe; si con la virtud, dame la virtud; si con la ciencia, dame la ciencia. Aumenta en mí la fe, aumenta la esperanza, aumenta la caridad” (Soliloquios 1, 1, 5).

Bajo el influjo de Ambrosio y de Mario Victorino nos presenta el misterio de la Trinidad. Posiblemente de Ambrosio viene la influencia del sentido trinitario de la imagen de la luz: “Así, pues, como en el sol visible podemos notar tres cosas: que existe, que esplende, que ilumina, de un modo análogo, en el secretísimo sol divino a

²⁵ Beretta, L., Il rus Cassiciacum nei dialoghi di Agostino: Ambiente storico, personaggi, scritti, tradizione iconografica e devozionale, in Percorsi Agostiniani IX/18, 2°16, pp. 181-218, p. 195.

cuyo conocimiento aspiras, tres cosas se han de considerar: que existe, que se clarea y resplandece en el conocimiento, que hace inteligibles las demás cosas” (Soliloquios 1, 8, 15). Para Agustín el conocimiento de la Trinidad procede de la revelación cristiana, aunque en el libro *Del orden* asigna a la verdadera filosofía la tarea de enseñar la doctrina de la divina Trinidad. En *Soliloquios* se dice que en la Trinidad hay concordia y reposo: “Todo cuanto he dicho eres tú, mi Dios único; ven en mi socorro, una, eterna y verdadera sustancia, donde no hay ninguna discordancia, ni confusión, ni mudanza, ni indigencia, ni muerte, sino suma concordia, suma evidencia, soberano reposo, soberana plenitud y suma vida; donde nada falta ni sobra: donde el progenitor y el unigénito son una misma sustancia” (Soliloquios 1, 1, 4).

En *Casiciaco* encontramos el deseo de conquistar la interioridad dominando los sentidos y sin seguir las opiniones. Morar dentro nos hace comprender en su justa medida lo que nos rodea: “Así, el espíritu, replegado en sí mismo, comprende la hermosura del universo, el cual tomó su nombre de la unidad. Por tanto, no es dable ver aquella hermosura a las almas desparramadas en lo externo, cuya avidez engendra la indigencia, que sólo se logra evitar con el despeggo de la multitud. Y llamo multitud, no de hombres, sino de todas las cosas que abarcan nuestros sentidos” (Del orden 1, 2, 3). Para Agustín es evidente la necesidad de la vida interior y es que él mismo había experimentado lo que es estar disperso y alejado de sí: “Así el ánimo, desparramado de sí mismo, recibe golpes innumerables y vese extenuado y reducido a la penuria de un mendicante cuando toda su naturaleza lo impulsa a buscar doquiera la unidad y la multitud le pone el veto” (Del orden 1, 2, 3). Y es que es equivalente en este momento estar alejado de sí mismo y de Dios: “Quien se entrega a la percepción de las cosas sensibles, no sólo está alejado de Dios, mas aun de sí mismo” (Del orden 2, 2, 5). Este recogimiento interior es uno de los objetivos de *Casiciaco*: “Si bien me tenían encargado que, fuera de los libros, les mandase otros trabajos con el fin de habituarse al recogimiento interior” (Del orden 1, 3, 6). Evidentemente el hombre necesita conocerse y esto no puede hacerse a distancia sino desde la interioridad, aunque no sea fácil: “Y la causa es porque resulta difícil al que anda desparramado en las impresiones de los sentidos entrar en sí mismo” (Del orden 2, 11, 30).

P. Santiago Sierra

Monasterio de El Escorial 21. 12. 2017